

LITERATURA MIGRANTE URUGUAYA: EN LA DESESPERADA BÚSQUEDA DE UN REFUGIO

Lorena Costa Albarracín

Universidad de la República Oriental del Uruguay, Uruguay

Introducción

La idea de refugio está estrechamente vinculada a la de asilo, palabra proveniente del griego *asylós* que significa ‘sitio inviolable’ o ‘lugar privilegiado de refugio’. Si bien los primeros pueblos nómadas ya practicaban una conducta social parecida al asilo, fue en Grecia donde se lo reconoció como una entidad en sí misma, bajo las formas de asilo territorial y de asilo religioso. La concepción de asilo ha ido transformándose a lo largo del tiempo y llega a nuestros días como “una práctica mediante la cual un Estado garantiza la protección, el amparo y la asistencia de aquellas personas que han huido de su país de origen por diversas razones, generalmente relacionadas con la violación de uno o varios de sus derechos fundamentales” según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur, 2016).

La búsqueda de un refugio se ve resignificada en relatos autobiográficos, publicados en Uruguay, de uruguayos que se convirtieron en migrantes forzados, llegados o expulsados del país, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y de la Dictadura Militar. La ponencia analiza estas categorías en *Como el Uruguay no hay, (no hay cómo llegar)* de Gunther Drexler (2011), *Patria en el exilio. Exilio en la patria* de Ernesto Kroch (2011) y *Taxi* de Sergio Altesor (2016), textos que también comparten la idea del *destierro por etapas* y el difícil proceso para llegar al *sentimiento de pertenencia*.

Antes de avanzar, es pertinente recordar que la autobiografía despierta muchas controversias al intentar delimitarla. Algo alejado del *pacto autobiográfico* propuesto por Philippe Lejeune “relato retrospectivo en prosa que alguien hace de su propia existencia, cuando pone el acento principal sobre su vida individual, en particular sobre la historia de su personalidad” (2004: 160), el análisis de estos textos considera la definición sugerida por Francisco Rodríguez “el género autobiográfico se ha constituido en un espacio dialógico, ambiguo, donde conviven elementos referenciales, antropológicos, culturales, encubiertos en una estructura tropológica y pragmática que lo distinguen de otros espacios de escritura” (2000: 23). Sostiene este autor que, como género histórico, mantiene vigentes sus estructuras verosimilizantes y va transformándose a medida que se modifican los espacios socio-textuales que lo consumen. Entiende, además, que siempre subyuga el interés por los atractivos de ese particular tejido en el que, según Karl Weintraub, “la autoconciencia se enhebra delicadamente a través de experiencias interrelacionadas” (1991: 19). Es necesario tener presente que estos relatos remiten a hechos traumáticos que, como tales, causan una disociación de los afectos y las representaciones, según sugiere LaCapra (2016). Elaborar el trauma, asegura este autor, “implica un esfuerzo por articular o volver a articular los afectos y las representaciones de un modo que tal vez nunca pueda trascender la puesta en acto o el *acting out* de la disociación que incapacita pero que, en cierta medida, pueda contrarrestarla” (64).

1. Llegada a Uruguay: Drexler

La necesidad de encontrar un refugio comenzó para Drexler, y toda su familia, en la Alemania nazi de 1938, cuando la persecución a los judíos se hacía cada vez más implacable y las posibilidades de escapar se cerraban definitivamente. Insistieron en varios consulados uruguayos para conseguir los

visados que les permitieran entrar al país, pero solo unos pocos integrantes lograron obtener los permisos, debido a que Uruguay mantuvo una política de puertas cerradas que comenzó en el año 1932, bajo la presidencia de Gabriel Terra, con la aprobación de la ley 8868 que puso importantes restricciones a la inmigración, haciendo prácticamente imposible el ingreso para el grueso de la población objetiva, factor de la corriente migratoria. A partir de entonces, Montevideo dejaba de ser un refugio posible¹. Cuatro años después, ya bajo el gobierno *de facto* de Terra, se aprueba la ley 9604 que fue aún más restrictiva, añadiendo “factores políticos” a las trabas propuestas por la anterior. Respecto de esta ley, Cristina Mansilla asegura que “La normativa migratoria fue, en los hechos una traba para el desarrollo del instituto del asilo, la cual impidió a través de cuestiones técnicas la llegada de los refugiados, de modo consciente” (2014: 9). Esta decisión del gobierno uruguayo fue compartida por la mayoría de los países latinoamericanos, a excepción de Bolivia.

Bajo estas condiciones, el resto de la familia Drexler debió desistir de considerar a Uruguay como destino y probaron suerte en otros consulados, el objetivo principal era abandonar Alemania con urgencia porque el riesgo de ser detenidos se acrecentaba día a día. Recién a principios de 1939, y luego de muchos intentos frustrados para conseguir un salvoconducto, Drexler, junto a parte de su familia, logró abordar el barco Patria, en el puerto de Burdeos, rumbo a Sudamérica, “Librados al azar, viajaremos [...] con rumbo desconocido. Nuestros documentos señalan que somos ‘apátridas’, nuestros visados son dudosos, aunque pagamos buena plata por los sellados y firmas. Hay ‘posibilidades’ de que nos acepten en Bolivia o Paraguay, quizá Chile. Argentina, Uruguay o Brasil [...] imposibles” (2011: 66).

Ese barco sería para él y su familia un primer refugio. Fueron tratados como turistas de primera clase por la tripulación, podían alimentarse bien, descansar y dormir tranquilos por las noches. Luego de un largo viaje, el Patria desembarcó en Arica, Chile y retornó a Europa. Allí quedaron, sin visas, solicitando permiso para quedarse, pero fueron rechazados. Les dieron 24 horas para abandonar el país y un permiso de tránsito que lograron “negociar” con las autoridades chilenas. Fueron escoltados por un pelotón a caballo del ejército hasta asegurarse que subieran a un tren con destino a la frontera con Bolivia: “nos encerraron en un vagón durante los tres días que duró el viaje [...] El tren paraba en pequeños poblados y por las ventanillas adquiríamos agua y alimentos [...] al tercer día llegamos a la frontera. Recién ahí se nos permitió descender del tren y fuimos entregados a las autoridades aduaneras bolivianas. Y esta vez, ¡oh milagro!, se nos permitió el ingreso y la permanencia en un país” (123).

Pero Bolivia no logró despertar en ellos el sentimiento de pertenencia, quizá porque la idea siempre fue llegar a Uruguay para que la familia, dispersa a causa del exilio, pudiera finalmente reunirse. Luego de vivir algunos años en el único país que les abrió las puertas, decidieron reanudar los intentos para conseguir las visas necesarias. Nuevamente se enfrentaron a un sin fin de trabas burocráticas sin éxito. Decidieron, entonces, ingresar de forma clandestina. Viajaron a Corumbá, un municipio ubicado cerca de la frontera con Brasil, con el objetivo de ir acercándose al lugar de destino. Los requisitos que los funcionarios brasileros les exigían para permitirles circular por Brasil, asegura Drexler, eran increíbles “certificado de buena conducta, libreta de enrolamiento del servicio militar en Alemania, documentos que aseguraran que no era comunista, certificados médicos de que no padecíamos de tracoma [...] la lista era interminable y cada día que pasaba las exigencias eran mayores” (256).

Finalmente, gracias a un “soborno” negociado por su madre en la Comandancia, les fue permitido dejar la frontera y circular por Brasil. Tomaron un avión hasta San Pablo y desde allí un ferrocarril hasta la frontera con Uruguay. Drexler rememora su llegada al país, justo el día en que se celebraba el

¹Aunque en la práctica, a pesar de las restricciones normativas, Uruguay no dejó de recibir inmigrantes. Muchos entraron de forma clandestina y otros tantos consiguieron visados gracias a cónsules que arriesgaron su vida para asegurar salvoconductos a quienes lo solicitaban en sus embajadas, como fue el caso del cónsul general del Uruguay en Hamburgo, Florencio Rivas, y el Dr. Carlos María Gurméndez, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República ante el Reino de los Países Bajos.

aniversario de su independencia: “Montevideo nos recibió engalanada y embanderada: era el 25 de agosto de 1945. Recuerdo el lento ingreso del tren en la terminal de AFE. Mis tíos estaban en el andén [...] nos llevaron esa misma tarde a la playa Pocitos. Hacía mucho frío y caía una espesa llovizna, pero la impresión que tuve al ver el mar después de tanto tiempo fue imperecedera” (257-258).

Desde ese momento pasaron a ser residentes ilegales y transcurrirían casi cuatro años hasta conseguir la residencia definitiva. Si bien durante ese lapso de tiempo no fueron perseguidos, siempre flotaba en el ambiente su situación precaria: “Por eso, cuando me fue conferida la ciudadanía, me sentí, después de muchos años, seguro” (298).

2. Llegada a Uruguay: Kroch

La necesidad de un refugio había comenzado para Kroch también en la Alemania nazi, cuando a la edad de 17 años fue apresado por la Gestapo debido a sus actividades clandestinas antifascistas. Fue encerrado por varios días en una celda individual muy pequeña. Luego empezaron los interrogatorios con castigos que iban intensificando la violencia cuanto más se resistía a confesar lo que ellos pretendían: “Estaba en sus manos, totalmente indefenso. De sobra sabía de lo que eran capaces. Apartado del mundo, no podía acudir a nadie” (2011: 21). Finalmente, logró dar una declaración que a las autoridades les resultó convincente y fue condenado a dos años de prisión. La cárcel fue, al menos al principio, un refugio que lo liberaba de las continuas torturas físicas y psicológicas a los que había sido sometido durante demasiado tiempo.

El día en que cumplió la condena fue apresado por la Gestapo y encarcelado en la jefatura de policía. Un tiempo después fue transportado, junto a otros dos reclusos, en un vagón-celda de ferrocarril hacia el campo de concentración Lichtenburg: “Habíamos sido introducidos al imperio de la arbitrariedad, de lo imprevisible. La guardia estaba constituida por hombres de la SS del batallón de la calavera [...] Nos recibieron con terribles insultos y amenazas. Nos hacían correr de un lado a otro, hasta dejarnos sin aliento” (70).

Pasó allí unos nueve meses, conviviendo con otros ocho presos en una habitación de cuatro metros cuadrados, en constante miedo, soportando todo tipo de torturas y vistiendo un uniforme gastado de policía, sobre el que lucía un triángulo rojo: político y un triángulo amarillo: judío: “mi estadía en el campo de concentración tuvo lugar cuando ya había pasado la primera ola de homicidios masivos de presos políticos [...] Por otro lado, todavía no había comenzado la guerra ni la brutal liquidación masiva en los campos de exterminio. Esta etapa intermedia [...] debe haber sido la más “potable”. Para mí fue, a pesar de ello, una experiencia dura e inolvidable” (75).

En enero de 1937 fue liberado, junto a los presos que llegaron con él al campo, luego de hacerles firmar un papel con el compromiso de que abandonarían el país en diez días y no volverían nunca más. Sus padres habían podido conseguirle una visa para Yugoslavia, con la condición de que realizara un entrenamiento agrícola en un Kibbutz para luego emigrar a Palestina. Tomaron un tren hasta la frontera en Oderberg donde fueron detenidos por las autoridades de la aduana con peligro de ser devueltos al campo de concentración. Finalmente pudieron cruzar la frontera: “Respiramos de alivio al pasar la barrera hacia el lado checo de la estación. La amabilidad de los aduaneros checos contribuyó a que nos sintiéramos como recién nacidos, como seres libres” (80).

Estuvieron trabajando en granjas de instrucción agrícola hasta que sus permisos de permanencia en Yugoslavia caducaron. No había posibilidades de conseguir un corrimiento de fecha de vencimiento y tampoco querían ir a Palestina porque no compartían la idea sionista. Viajaron a Zagreb para conseguir una visa de entrada a un estado sudamericano. “En aquel entonces, el cónsul paraguayo en Zagreb vendía visas a los emigrantes alemanes que buscaban desesperadamente un camino que los alejara de esa Europa que iba cayendo, país tras país, bajo el poder de Hitler. Estas ventas se realizaban sin permiso de su gobierno y para su propio peculio” (85).

Les llevó algo más de un mes reunir todos los papeles necesarios, durante ese tiempo vivieron en una pensión, frente a la jefatura, confiados en que la policía no realizaría sus razias tan cerca de sus instalaciones, aunque vivían con el continuo temor de ser encontrados. Llegado el día de partir, fueron escoltados por dos policías de civil en el trayecto del tren hasta la frontera italiana. Unos pocos días después de llegar a Marsella embarcaron en un viejo y obsoleto barco francés. Desembarcaron en Montevideo el 26 de diciembre, pero con la visa falsificada no los dejaron embarcar en el vapor con destino a Asunción. Las autoridades uruguayas decidieron enviarlos a Colonia, ciudad ubicada a ciento ochenta kilómetros al noroeste de Montevideo. Allí, hospedados en un hotel, podían moverse libremente por la ciudad, pero no abandonarla. Cinco días después fueron puestos en libertad, luego de pagar los gastos de hotel y ómnibus podían circular libremente por el país: “Increíble, ¡sin visa de entrada ni permiso de permanencia! Era llegar a este país y nadie preguntaba más por la documentación” (89). Llegaron a Montevideo a la medianoche, en pleno festejo de año nuevo: “Al llegar a la ciudad era medianoche y se oían cohetes y se veían fuegos artificiales por todos lados. Los petardos subían al cielo y desparramaban luces rojas” (90).

Al igual que Drexler, conoció a la ciudad engalanada y festiva, como un presagio de que era ese el refugio que tanto estaban buscando. Si bien Uruguay seguía representando para ellos el exilio, una atmósfera extraña ubicada muy lejos de su tierra de origen, fue el primer país que sintieron como hogar después de un largo peregrinaje, de un destierro por etapas.

3. Huida de Uruguay: Altesor

La desesperada búsqueda de un refugio comenzó para Pedro Fontana, el protagonista de esta ficción autobiográfica, durante el largo período en que permaneció solo en un calabozo, encerrado por razones políticas durante la Dictadura Militar uruguaya. Inventó una rutina para pasar el tiempo y mantenerse en buen estado físico que consistía en caminar, de ida y vuelta, los seis pasos que había de pared a pared. Eso le permitía cansarse lo suficiente como para doblegar el insomnio que lo tenía en vilo durante la noche oyendo los interrogatorios y los gritos de los torturados. Pronto aquellas caminatas pendulares comenzaron a crear un ritmo a partir del cual su mente realizaba largos viajes en el tiempo: “era capaz de dirigir mi mente en línea recta hacia destinos diferentes, hacia momentos muy lejanos de los cuales no había tenido hasta el momento memoria” (Altesor 2016: 33). Cada día se aproximaba un poco más al centro de esa memoria vaga, en un viaje que no era simplemente una exploración mental sino algo que dirigían sus emociones. Una particular sensación de placer se le presentaba como reminiscencia, como las trazas de un tiempo perdido que relacionó con el recuerdo de su madre, fallecida antes de que él cumpliera seis meses: “Rememoré [...] la embriaguez que me producía el aroma que emanaba de aquel cuerpo y el regocijo que me causaban su presencia y su contacto” (34).

Los últimos meses de su cautiverio en Montevideo estuvo encerrado junto a otros presos en un viejo vagón de carga sin ventanas, rodeado, a su vez, por una doble alambrada de púas y custodiado desde fuera de ese cerco. Las condiciones de vida en ese reducido y asfixiante espacio eran inhumanas. Rememorando su vida en aquel encierro, entiende que el ánimo alegre que se esforzaba por contagiar a sus compañeros fue una necesidad personal, “un arte de magia que consistía en cambiar la realidad con la imaginación” (56), arte que otros le habían enseñado durante los años que llevaba preso. Su mente comenzó a captar esas terribles imágenes, en que se había convertido su vida, como si las observara a través de una cámara fotográfica:

A través de mi cámara podía ver de afuera los detalles del mundo en el que estábamos [...] un juicio final en donde [...] todo estaba mostrado con la crudeza más terrible [...] Y lo que era aún más interesante es que en los intersticios de ese mundo extremo borboteaba el humor, un humor cuyas imágenes también me esforzaba por filmar [...] sin mucho éxito ya que yo mismo, para sobrevivir, debía dejar la cámara y disolverme en él (58).

Después de siete años de encierro fue enviado a Suecia, a un segundo destierro (el primero lo había transitado en la cárcel): “había apenas vislumbrado las [calles] de Montevideo por última vez a través de la llovizna mientras me trasladaban hacia el aeropuerto en un furgón especial. Un policía de

civil me llevó caminando por la pista, me quitó las esposas al pie de la escalerilla y se quedó mirando cómo me introducía en el avión” (145).

En Suecia fue recibido por un amigo, también exiliado político, que lo llevó a vivir a su casa en Uppsala, una ciudad situada a unos setenta kilómetros al noroeste de Estocolmo. Recuerda la aventura de esos primeros días en los que percibía el mundo como una experiencia completamente nueva: “Por primera vez desde la infancia la libertad tenía un sentido cotidiano, físico y elemental, de manera que sentía un goce infantil en trasladarme sin impedimentos ni prohibiciones de un lugar a otro” (145). Pero la imaginación, ese artilugio mental que desarrolló durante el tiempo que estuvo en la cárcel, que lo llevó a contemplar su realidad a través de los lentes de una cámara fotográfica y a crear otros mundos posibles, continuó siendo un refugio en el que permaneció mucho tiempo después de ser liberado:

Yo era fiel a ese tiempo, a ese microcosmos, porque en él no solamente no había sucumbido, sino que había creado este mundo, este presente. Había llegado a inventar las cosas mínimas que uno olvida en este mundo porque son gratuitas, como el sol, la calle [...] por ejemplo, y cuando ahora caminaba por una calle bajo el sol [...] no me olvidaba nunca de gozar con orgullo esos inventos de mi imaginación. Era fiel a ese páramo desde donde venía porque creía que allí, en la absoluta ausencia de lo más elemental, había vencido a la oscuridad con la luz de la imaginación, con las imágenes (152).

Pero no logró habituarse a esa ciudad donde era el primer liberado que llegaba, entre tantos otros exiliados políticos que habían logrado escapar del encierro. Agobiado por los continuos interrogatorios sobre las historias heroicas de la cárcel, decidió abandonar la ciudad en la que, asegura, nunca dejó de estar preso: “continué atado a una especie de destino histórico –rodeado de refugiados políticos que vivían una vida poco menos que endogámica– [...] Dejé atrás el sitio de mi segundo nacimiento” (155).

La búsqueda de un refugio nunca cesó para el protagonista de esta historia, a pesar de haber recorrido otras tantas ciudades, en varios países del mundo. Quizá el único refugio posible para él sea el que descubrió en su tiempo de encierro, como parece sugerir: “El microcosmos de la cárcel persistió en mi interior por varios años (aunque en rigor creo que aún persiste y es posible que lo haga hasta que muera)” (148).

4. Huida de Uruguay: Drexler y Kroch

También Drexler y Kroch fueron perseguidos por la Dictadura Militar uruguaya. El país que habían adoptado como patria dejó de ser un refugio posible y los obligaba a una nueva huida, a una nueva búsqueda.

En 1974 Kroch, que desde el comienzo trabajó en la clandestinidad en contra del régimen *de facto*, fue detenido junto a su hija luego de un allanamiento a su vivienda y permaneció tres días en la central de la policía secreta de la calle Maldonado. Nuevamente debió enfrentarse a la tortura y los interrogatorios, pero en esa oportunidad fue puesto en libertad. Pudo seguir varios años militando contra el sistema impuesto sin ser descubierto, hasta que a comienzos de 1982 cae presa quien fuera su contacto con la dirigencia sindical y frente a la posibilidad de que bajo tortura lograran sacarle algún dato que lo comprometiera, decidió irse del país. Viajó a San Pablo y desde allí retornó a Alemania, buscaría refugio en su primera patria, de la que había sido expulsado.

También Drexler se vio forzado a dejar el país durante el régimen militar. Ya desde antes la situación en Montevideo se había vuelto peligrosa para él: “Los médicos éramos especialmente controlados por las Fuerzas Conjuntas, ya que era sabido que los ‘subversivos’ [...] tenían sus propios equipos sanitarios y hasta hospitales de campaña en sótanos urbanos y tateras” (2011: 153). El temor también se había instalado en el Hospital de Clínicas, donde estaba terminando la Jefatura de Clínica en Otorrinolaringología: “Los compañeros desconfiaban unos de otros [...] Sabíamos que algunos de nuestros amigos eran notorios militantes y estaban metidos en la lucha. Yo temblaba

cuando alguno se me acercaba. Los pedidos eran similares: –Hay un compañero herido. ¿Está dispuesto a atenderlo? Acceder era comprometerse definitivamente” (290-291).

Esta difícil situación en el Clínicas lo llevó a presentar una solicitud de ingreso para ocupar un cargo en el Hospital Central de las Fuerzas Armadas, convencido de que accedería así a una especie de refugio ante tanto peligro. Un tiempo después se enfrentó a una entrevista con un coronel que lo puso en conocimiento de sus antecedentes, un legajo que contaba de varias páginas: “Ahora sabía que estaba fichado, mi expediente contenía una serie de barbaridades contradictorias, ninguna de ellas de gravedad, pero estoy seguro que impresionaba por su volumen” (295).

El temor estaba instalado, agravado por el peso de su legajo y fortalecido por registros y allanamientos en su casa y la demora en la renovación de su pasaporte. Decide entonces aceptar una beca para aprender la técnica de los homoinjertos de oído en Alemania. A su regreso, en 1977, obtuvo un puesto como titular en el servicio médico en un ente público, donde a nadie se le ocurrió investigar sus antecedentes. Pero surgieron complicaciones cuando aparecieron las clasificaciones para los empleados del Estado, que los separaba en categorías A, B o C². Ante tanta presión decide emigrar. En mayo de 1979 viajó con su familia a Israel, a un nuevo refugio, donde pensó quedarse definitivamente. Finalmente, después de un año y de mucha indecisión, optaron por volver a Uruguay a pesar de que los militares continuaban en el poder.

El regreso de Kroch al Uruguay se fue dando por etapas ante el temor a ser apresado. A principios del año 1984, en su primer intento, solo llegó hasta Río Grande do Sul. A finales del mismo año se animó a cruzar la frontera uruguaya, motivado por las primeras elecciones presidenciales después de un largo proceso de dictadura y, aunque no permanecería más de un mes en la capital, fue suficiente para tomar una decisión: “mi lugar estaba en Uruguay, más allá de todo posible problema de identidad no resuelto” (2011: 191). Su próximo viaje a Uruguay, un año después, sería el de retorno.

Conclusión

La necesidad de refugio es el motor que impulsa a estos personajes, reales y ficticios a la vez, a desplazarse por distintas partes del mundo. Tanto Drexler como Kroch lograron llegar al lugar que sintieron como patria, a pesar de que el refugio que les significó en un momento se convirtió en persecución y hostigamiento durante un largo período de tiempo, obligándolos a un nuevo exilio, a una nueva búsqueda. Para Fontana la eterna búsqueda parece seguir, aun hoy.

No siempre los países que les dieron asilo significaron para ellos un refugio definitivo, no lo fue Bolivia para Drexler, Palestina para Kroch, ni Suecia para Fontana; y, sin embargo, tanto Drexler como Kroch encontraron refugio en un país que, bajo leyes promulgadas por un gobierno *de facto*, les había cerrado formalmente las puertas, pero les permitió el ingreso de forma clandestina, gracias a su arraigada tradición de hospitalidad hacia los inmigrantes.

Estas son solo tres historias de migraciones forzadas. Hoy son miles, millones de personas que están en esa desesperada búsqueda, cada uno cargando con un pasado terrible que los expulsa al destierro. Muchas de esas memorias quedarán silenciadas en medio de la vorágine de un mundo agitado que, en el mejor de los casos, los contemplará en sus estadísticas, pero difícilmente haga eco de sus historias.

² Calificaban con B a quienes tenían algún antecedente como comunistas. Eran vigilados, pero se les permitía conservar sus puestos de trabajo. Quienes calificaban con C eran expulsados.

Bibliografía

ACNUR (2016): “Asilo: definición y características básicas”. En: <<https://eacnur.org/blog/asilo-definicion-caracteristicas-basicas/>> (30-10-2019).

ALTESOR, Sergio (2016): *Taxi*. Montevideo: Estuario.

CÁMARA DE SENADORES. “Ley n.º 8868/1932, 19 de julio, carpeta n.º 814, repartido n.º 614 de diciembre de 2007”, en *Migración*. Montevideo, pp. 46-48. En: <<https://legislativo.parlamento.gub.uy/temporales/arefley.aspx?08868.htm>> (30-10-2019).

— “Ley n.º 9604/1936, 13 de octubre, carpeta n.º 814, repartido n.º 614 de diciembre de 2007”, en *Migración*. Montevideo, pp. 49-51. En: <<https://legislativo.parlamento.gub.uy/temporales/leytemp6264988.htm>> (30-10-2019).

DREXLER, Gunther (2011): *¿Como el Uruguay no hay! (no hay cómo llegar)*. Montevideo: Edición del Autor.

KROCH, Ernesto (2011): *Patria en el exilio. Exilio en la patria. Recuerdos de Europa y Latinoamérica*. Montevideo: Banda Oriental.

LACAPRA, Dominick (2005): *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.

LEJEUNE, Philippe (2004): “El pacto autobiográfico, veinticinco años después”, en María Hermosilla y Celia Fernández (dir.), *Autobiografía en España, un balance: actas del congreso internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001*, pp. 159-172.

MANSILLA, Cristina (2014): “Asilo y destierro en Uruguay. Principios, continuidades y rupturas 1875-1985”, en *II Jornadas de trabajo Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX*. Montevideo: Udelar. En: <https://www.academia.edu/14373758/Asilo_y_Destierro_en_Uruguay_Principios_Continuidades_y_Rupturas_1875_1985> (30-10-2019).

RODRÍGUEZ, Francisco (2000): “El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial”, en *Filología y lingüística XXVI (2)*, pp. 9-24. En: <<https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filyling/article/view/4514>> (30-10-2019).

WEINTRAUB, Karl (1991): “Autobiografía y conciencia histórica”, en *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Barcelona: Suplementos Anthropos, pp. 18-32.